

EL DEPORTE EN AGENDA

Debates, ideas y encrucijadas del
deporte argentino actual



Ministerio de
Turismo y Deportes
Argentina



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

**El deporte en agenda.
Debates, ideas y encrucijadas del
deporte argentino actual**

María Florencia Blanco Esmoris y Diego Murzi
(compiladorxs y editorxs)

Prólogo de Matías Lammens,
Ministro de Turismo y Deportes

Blanco Esmoris, María Florencia; Murzi, Diego Rodolfo

El deporte en agenda. Debates, ideas y encrucijadas del deporte argentino actual / Compilación y edición: María Florencia Blanco Esmoris; Diego Rodolfo Murzi. San Martín, Provincia de Buenos Aires. 2022.

Libro digital, PDF.

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-7987-1

1. Deportes. 2. Prácticas deportivas. 3. Gestión. 4. Políticas públicas. 5. Argentina.

CDD 306.483

Compiladorxs: María Florencia Blanco Esmoris y Diego Murzi

Corrección: Nemesia Hijós

Trabajo preliminar: Juan Bautista Branz

Diseño de portada y collages: Carmela Hijós

ISBN 978-987-88-7987-1

que pensaba, al menos de la cintura para abajo, exactamente igual que la gente de derecha...”

22. Cinco claves para comprender el rugby y las violencias en Argentina

Juan Bautista Branz

Observé y analicé durante un largo período a varones que jugaban al rugby, sus espacios, sus vínculos, sus relaciones (entre ellos y entre otros), cómo entrenaban, cómo competían, cómo caminaban, cómo hablaban. Lo que quería comprender era —entre otras cuestiones— cómo el rugby, en Argentina, es un deporte exclusivo para los varones de las clases dominantes. Por supuesto que hay excepciones, que no todo es homogéneo y que existen equipos y jugadores que ni pertenecen a las clases que concentran la riqueza de Argentina, ni creen que son parte de ese grupo. Pero el rugby tiene particularidades propias de su historia como deporte y espacio de distinción sociocultural de un sector de las clases dominantes. El rugby es uno de los deportes que promueve una cultura distintiva, en términos socioculturales, reproducida por parte de los colectivos que mejor se favorecieron —y favorecen— en la distribución de diferentes capitales. Las prácticas de diferenciación se establecen entre formas de nombrar y vivir el mundo de manera *legítima*. Todo lo que queda por fuera se nombra y se organiza, de manera natural, a través de variados tipos de violencias que, en el mismo movimiento, son entendidas como lo *ilegítimo* en ese deporte. Propongo cinco claves para comprender el fenómeno del rugby asociado a las violencias.

Primero. El rugby en Argentina, goza de una narrativa mítica que indica que cualquiera que quiera jugarlo puede hacerlo. Esto es, en parte, una falacia: el acceso a la mayoría de los clubes que integran la Unión Argentina de Rugby (UAR) es dificultoso tanto desde el plano material como el cultural. El rugby, a principios del siglo XX, se preparó y se constituyó como un lugar en donde sólo los varones de clases dominantes podían encontrarse.

Sobre todo, se diferenci6 del f6tbol como pr6ctica masiva y popular. El f6tbol ser6a, para los actores del rugby, un espacio de congregaci6n de todo lo no deseado: “negros”, “salvajes”, “irracionales”, “incivilizados”. Estas ser6an las categor6as que, desde el rugby, se nombrar6an para diferenciarse de los practicantes del f6tbol en Argentina. Alcanza con revisar documentos y fuentes hist6ricas (institucionales) en donde los propios protagonistas del rugby se distinguen del f6tbol (tambi6n con indagar en las constantes declaraciones que se realizan actualmente). El rugby, entonces, estar6 —hasta hoy— absolutamente distanciado de la cultura masiva y popular en Argentina.

Segundo. Si la negritud es un argumento de distinc6n, la blancura ser6a la prueba de que el rugby es “6l” deporte argentino en donde se forjan “verdaderos hombres”. No se trata s6lo del color de piel. Pues, la negritud se asocia a ciudadanos que no responden a lo que socioculturalmente aceptan nuestras sociedades: j6venes de clases populares, cuerpos que no se conciben con una est6tica dominante y personas que no pueden aprobar los mandatos de un “buen ciudadano”, etc.

Tercero. Si entre la “negritud” y la “blancura” se establece un dique que divide lo que se incluye y lo que se excluye, tambi6n hay una idea de Naci6n: blanca, civilizada, urbana, admiradora de costumbres y pr6cticas europeas (especialmente inglesas y francesas). El rugby ha sido (y es) uno de los c6rculos en donde las clases dominantes imaginan el sue6o europeo. Y, en los mejores sue6os, tambi6n hay ciertas realidades que se niegan, se despojan, se excluyen. En la cultura del rugby hay una tendencia material y simb6lica a separarse de los elementos que constituyen lo masivo y la cultura popular. La aceptaci6n de ciertos elementos y sujetos pertenecientes a la cultura popular es el resultado de algunos proyectos denominados “sociales”: como ense6ar rugby en alguna barriada popular o en el servicio penitenciario a j6venes que han sido descartados del mundo del trabajo (han sido descartados del mundo...). Es una buena iniciativa, claro. Pero en mi trabajo de campo, al analizar la cultura del rugby, varios actores me contaban que eso no ten6a que ver con el rugby: “eso no es rugby, eso es otra cosa”. En el rugby

se construye tambi6n la patria. La de unos pocos, refinada y de buenos modales. Esa es la matriz cultural, el proyecto dominante que organiza el rugby en Argentina. Si hay excepciones, necesitamos las experiencias (las evidencias).

Cuarto. En cuanto nos enteramos de alg6n acontecimiento vinculado a violencias en el mundo del rugby, autom6ticamente sus propios actores ubican el episodio por fuera del colectivo que los identifica, separando a quienes cometen delitos o ejercen violencias. Escuchamos frases como “no pertenecen al mundo del rugby”, “son actos de loquitos que nada aprendieron en el rugby”, “esos no son los valores del rugby”. Esta ilusi6n de intentar dejar por fuera a la violencia sugiere, por un lado, la confirmaci6n de que quienes juegan al rugby son sujetos eficaces en la administraci6n de la violencia (la idea de que s6lo se utilizan t6cnicas corporales agresivas dentro de la cancha). Es decir, respetan las normas sociales, no se desbordan y no cometen il6citos porque han sido modelados por una cultura ciudadana ejemplar. Claro que esto es una representaci6n propia de quienes practican el rugby. Lo cierto es que las diversas formas de la violencia que promueve el rugby como instituci6n, ligada a las clases dominantes, genera no s6lo viejas formas de exclusi6n (entre integrados y excluidos, en t6rminos socioculturales) sino, tambi6n, genera muertes (de otros como, el caso de Fernando B6ez Sosa). Por otro lado, el efecto de pensar esas violencias por fuera del campo del rugby las ubica —siempre— en estado de excepci6n. Los actores que hacen al rugby le otorgar6n un sentido extraordinario a las pr6cticas violentas, expuls6ndolas del universo hist6rico y actual del deporte. Lo cual implica no reconocer el problema regular y particular de las violencias hacia adentro y hacia afuera de la pr6ctica. Aqu6 es cuando se ejerce la impunidad cultural. Los mitos en torno a un deporte modelado por varones de clases dominantes se activan cuando suceden estos episodios. La recurrencia a los “buenos valores”, a “la escuela de vida”, a la “caballeridad”, a la formaci6n “de personas respetadas y respetables”, al “honor” acumulado en el tr6nsito por la instituci6n, forman parte de un esquema culturalmente imperturbable que, en la mayor6a de los casos, sabemos que

no se corresponde entre lo que se dice y se hace. Por eso, forma parte de una mitología.

Quinto. El modelo masculino que promociona el rugby está ligado a lo que se denomina y reconoce como masculinidad dominante. Un varón emparentado a la constante exhibición de sus potencias (sexuales, económicas, culturales, sociales, físicas), que debe certificar —todo el tiempo— su posición como hombre ante la mirada del resto de los hombres. La heterosexualidad es un precepto que se debe cumplir y la relación fuerza-sexualidad se impone hacia adentro del grupo de varones que juegan al rugby de una manera particular. Cuerpos duros y grandes, entrenados, aprendidos desde pequeños a proveer todo el tiempo y en todo vínculo. El valor de la caballerosidad narrada desde el rugby se prueba en la forma clásica (y rígida) de ser varón. Por lo tanto, lo distingue del resto de los deportes. Soportar entre pares y someter hacia adentro y hacia afuera.

Presentadas las cinco claves, valen algunas aclaraciones. Aquí no dividimos el mundo (y el mundo del rugby) entre “buenos y malos”. Lo que hemos hecho, a lo largo de mucho tiempo, es analizar prácticas, lenguajes y relaciones que se establecen en el rugby. Descripciones densas de un mundo poco conocido por la mayoría de las personas que, como toda institución, construye sus tradiciones y sus mitos en relación a la cultura que modela. Por supuesto que los actores que diseñan y practican el rugby no reconocen lo que hemos compartido brevemente como propio. He aquí una clave sobre las violencias: la mayoría de las veces vemos la práctica violenta en el otro, no la reconocemos como propia. No nos mostramos como sujetos ejerciendo violencia. Eso aplica a las denominadas “barras bravas” en el fútbol y también al campo del rugby. Porque, también, la violencia es contextual y se define de acuerdo a los sujetos que la ejercen. Históricamente, desde el rugby no se ha vislumbrado la posibilidad de reflexionar sobre la promoción constante de violencias múltiples (siempre hay excepciones: algunos miembros de la URBA, la iniciativa de Ciervos Pampas Rugby Club, o Agustín Pichot —quien declaró que el rugby debía hacerse cargo de tanta práctica violenta—).

Finalmente, quienes hemos competido profesionalmente en algún deporte y analizamos culturalmente las relaciones que se establecen desde el deporte, generamos nuevas preguntas y —a veces— intentamos brindar soluciones a ciertos problemas. Lo que hacemos no es una evaluación moral sobre las prácticas. Por lo tanto, sabemos que una nueva lógica que organice al deporte con menores grados de violencias favorecerá nuestra vida democrática y el acceso de muchos niños y niñas que construirán una sociedad más cercana a las formas plurales de vincularse, ejercitando la tolerancia a la diversidad y “echando mano” a otros recursos que no se vinculen con las formas materiales y simbólicas que conocemos como violencia. El rugby, en ese sentido, debe hacer un gran esfuerzo en reflexionar, transformar sus lógicas de formación y democratizar el acceso de actores diversos, en relación al género, a la clase y a la etnia. Vamos por eso.